

lera, seguido de los comisionados y domésticos, y Joyce se adelantó hacia él. «Joyce, dijo el rey, os pregunto en virtud de que autoridad pretendéis apoderaros de mí, y sacarme de este castillo.—Señor, en virtud de la del ejército y para prevenir los planes de sus enemigos que quieren por segunda vez sumergir en sangre el reino.—Esta no es una autoridad legal; solo conozco en Inglaterra la mía y la del parlamento: ¿teneis alguna comision escrita de Fairfax?—La tengo del ejército, y en él viene comprendido el general.—No vale esta respuesta; el general es la cabeza del ejército: ¿teneis comision por escrito?—Señor, ruegoos que no me hagais mas preguntas: he respondido bastante.—Vamos, Joyce, sed franco conmigo; decidme ¿qué comision teneis?—Vedla, señor.—¿Dónde?—Allí.—¿Dónde?—Detrás de mí;» y señalaba sus soldados. «Jamás, dijo sonriéndose el rey, he visto una comision semejante; convengo que está escrita en brillantes caracteres: esos señores son de buena talla, y vienen bien equipados. Pero tened entendido que para sacarme de aquí os será necesaria la violencia, si no me prometéis que seré tratado con respeto y que no se exigirá de mí nada que turbe mi conciencia ni manche mi honor.—Nada, nada, exclamaron los soldados.—No es nuestra máxima, repuso Joyce, forzar la ciencia de nadie, y mucho menos la del rey.—¿Dónde me vais á conducir?—A Oxford, señor, si os place.—No, aquel aire no es sano.—A Cambridge pues.—No, mas me gusta Newmarket, son mejores los aires.—Como os plazca, señor.» El rey se retiraba, y los comisionados dieron algunos pasos hacia la tropa: «Señores, dijo lord Montague, nos hallamos aquí en virtud de la confianza del parlamento, y deseáramos saber si aprobais cuanto acaba de decir Joyce.—Sí, sí.—Diganlo en alta voz los que quieran que el rey permanezca aquí con nosotros.—Nadie, nadie.» Manifestada de esta manera su impotencia, se sometieron los comisionados. Tres de ellos subieron al coche del rey, los otros montaron á caballo, y Joyce dió orden de partir.

Al propio tiempo salió para Londres un mensajero, portador de una carta en que este anunciaba á Cromwell que todo habia salido perfectamente. Si no se encontrase Cromwell en la capital debia ser entregada la carta á sir Arturo Haslerig, y en falta de él al coronel Fleetwood. Este fue quien la recibió, pues Cromwell se hallaba en el cuartel general al lado de Fairfax, sumamente inquieto con lo que acababa de suceder. «No me gusta esto, dijo á Ireton, ¿quién ha dado tales órdenes?—He mandado, respondió Ireton, que se asegurasen del rey en Holmby; pero no que lo sacasen de allí.—Ha sido forzoso, dijo Cromwell, que acababa de lle-

gar de Londres; de lo contrario el rey iba á ser conducido al parlamento.»

Sin embargo, Fairfax envió al encuentro de Carlos al coronel Whalley con dos regimientos de caballería, y con orden de conducirlo á Holmby. Negóse el monarca, protestando siempre contra la violencia que habia experimentado, pero gustoso de mudar de prision y particularmente de que estallase la discordia entre sus enemigos. A los dos dias se le presentaron en Childersley, cerca de Cambridge, el mismo Fairfax con todo su estado mayor, Cromwell, Ireton, Skippon, Hammond, Lambert y Rich. La mayor parte, Fairfax el primero, le besaron la mano; solo Cromwell é Ireton se mantuvieron pasivos: el general en jefe protestó al rey que nada sabia en punto á la violencia que se le habia hecho. «No lo creeré, dijo Carlos, si al instante no mandais ahorcar á Joyce; este compareció:—He dicho al rey que mi comision no procedia del general, y solo del ejército: reúname este, y que me ahorquen si sus tres cuartas partes no prueban mi hecho.» Fairfax habló de sujetarlo á un consejo de guerra: pero no llegó á verificarse. «Caballero, le dijo el rey al despedirse, puedo tanto como vos en el ejército;» y pidió de nuevo que se le condujese á Newmarket. Instalóse á su lado el coronel Whalley encargándose de su custodia; Fairfax volvió al cuartel general, y Cromwell á Westminster, donde hacia cuatro dias que se admiraban de no verle.

Encontró á las cámaras luchando con la cólera y el temor, con la energía y la debilidad. El espanto fue general á la primera noticia del rapto del rey. Skippon, á quien los presbiterianos se obstinaban en mirar como uno de los suyos, pidió con tono lamentable un ayuno solemne para obtener del Señor que se restableciese la armonía entre el parlamento y el ejército: en el interin se decretó pagar una fuerte suma sobre los atrasos, y que se borrara de los registros la declaracion de sedicioso contra el primer proyecto de peticion de los oficiales. Cuando llegaron nuevos detalles de lo acaecido, enviados por los comisionados, se enardecieron é indignaron las cámaras, mayormente cuando llegó á su noticia la carta de Joyce á Cromwell, y cuando creyeron haber traslucido el dia en que á instigacion de este jefe se proyectó tan osado golpe de mano. Reprodujéronse las sospechas al presentarse aquel en Westminster; pero las rechazó, tomando á Dios, á los ángeles y á los hombres por testigos de que Joyce le era tan desconocido hasta el presente, como la luz del sol á un niño en el seno de su madre.

Sin embargo, firmemente convencidos Hollis, Glynn y Grimstone andaban buscando pruebas por todas partes, y estaban decididos á aprovechar la primera coyuntura para pedir su arresto. Cierta dia, poco antes de abrirse la sesion, se presentaron tres oficiales á Grimstone: «Hace poco, le dijeron, se trató en una reunion de oficiales de espurgar el ejército para saber con quien se podia contar. Estoy seguro del ejército, nos dijo el teniente general; pero hay otro cuerpo que debe espurgarse con toda premura y es la cámara baja: esto solo puede hacerlo el ejército.—¿Repetireis estas palabras en la cámara? les dijo Grimstone.—Respondieron afirmativamente los oficiales, y le siguieron á Westminster. Se habia abierto la sesion, y empeñado un debate: «Señor presidente, dijo entrando Grimstone, suplico á la cámara que se digne suspender la discusion, pues voy á tratar de otro asunto mucho mas grave, por cuanto se refiere á su libertad y á su existencia;» y acusó á Cromwell, entonces presente, de haber meditado emplear contra la cámara la fuerza armada: «Ahí están mis testigos, dijo, y pido que sean introducidos.» Presentáronse en efecto los dos oficiales, y renovaron su declaracion.

No bien se habian retirado, cuando se levantó Cromwell, y cayendo de rodillas, é inundado en llanto, de modo que conmovió ó sorprendió al auditorio, se deshizo en piadosas invocaciones, en fervientes súplicas, y en llamar sobre su cabeza todas las maldiciones del Señor si algun hombre en todo el reino le aventajaba en fidelidad á la cámara. Levantándose despues habló mas de dos horas sobre el parlamento, el rey, el ejército, sus enemigos, sus amigos, y sobre sí mismo, amalgamándolo todo, sumiso y audaz, difuso y apasionado, repitiendo á la cámara que la llenaban de zozobra y la comprometian sin motivo, y que, esceptuando solo algunos hombres que miraban aun hácia la tierra de Egipto, los demás, oficiales y soldados, todos la eran adictos. Tanto conmovió con su perorata, que al sentarse sus amigos habian recobrado todo el ascendiente, y «si hubiesen querido, dijo treinta años despues el mismo Grimstone, la cámara nos hubiera enviado á la torre á mí y á mis oficiales como calumniadores.»

Pero Cromwell era demasiado sensato para querer vengarse en aquel momento, y harto previsora para que le alucinase la ventaja adquirida. Comprendió al instante que no podian reproducirse tales escenas, y aquella misma tarde salió secretamente de Londres, pasó al ejército reunido cerca de Cambridge, y dejándose de contemporizaciones imposibles aun

con toda su hipocresía, se puso abiertamente á la cabeza de los independientes y de los soldados.

Pocos dias despues de su partida, marchaba ya el ejército sobre Londres; todos los regimientos juraron sostener hasta el último trance su causa, y bajo el nombre de *sumisa representacion* dirijieron á las cámaras, no solo el cuadro de sus quejas sino la espresion arrogante de sus deseos sobre los negocios públicos, la Constitucion del Estado, las elecciones, el derecho de peticion, y la reforma general. En fin, á estas peticiones hasta entonces inauditas se unia un proyecto de acusacion contra once miembros de la cámara baja, Hollis, Stapleton, Maynard etc., enemigos del ejército, segun ellos decian, y únicos autores de los fatales desprecios que por su causa sufría el parlamento.

Los presbiterianos habian previsto el golpe, y escudáronse para la defensa. Hacia quince dias que de todo echaban mano para animar á su favor al pueblo de la capital. Quejábase este de los derechos percibidos sobre la sal y la carne, y se abolieron; los aprendices habian reclamado contra la supresion de las fiestas religiosas, la de Navidad sobre todo que era en otro tiempo dia de júbilo para la Inglaterra, y al instante se instituyeron dias de recreo público para reemplazarlas.

Continuaba elevándose un clamor general contra la codicia de los empleados, la acumulacion de empleos, los privilegios, y las ganancias sobre secuestros; con toda premura votó la cámara baja que ninguno de sus miembros recibiria cargos lucrativos, donativos ni asignaciones sobre los bienes de los delincuentes; que entregarían todos al tesoro público las sumas que hubiesen percibido, y que sus propiedades estarían sujetas como las de los demás al pago de sus deudas. Por último, no se hacia ya mencion de la junta encargada de recibir las quejas de los ciudadanos contra los miembros de la cámara, y se restableció.

No obstante, habia llegado el dia en que de nada sirven las concesiones, y en que los partidos solo conocen sus faltas para espiarlas. La capital detestaba á los independientes, pero con temor, y era adicta á los presbiterianos sin confianza ni respeto, como á unos patronos vencidos.

Por algunos momentos parecieron eficaces sus medidas; la municipalidad proclamó solemnemente su firme deseo de sostener al parlamento; se formaron algunos escuadrones de caballería; se reclutó entre la milicia; los oficiales reformados acudieron á alistarse; se hicieron preparativos de defensa; las cámaras en fin decretaron que se intimaria al ejército que

se alejase entregando al rey, y que á este se le invitaria á residir en Richmond, bajo la guardia del parlamento.

Mas el ejército seguia adelantándose, y Fairfax escribió á la municipalidad quejándose de que permitiese reclutar contra él. Esta se defendió escusándose con las alarmas, y protestando que si el ejército se retiraba y consentia en permanecer acantonado á cuarenta millas de Lóndres, cesaria toda desavenencia. Fairfax respondió que esta carta llegaba tarde, que su cuartel general se encontraba ya en Saint-Albans, y que le era absolutamente necesario cobrar un mes de sueldo. Concediéronlo las cámaras, pero insistieron en que retrocediese. El ejército se aferró en que se escluyesen del parlamento los once miembros enemigos suyos.

No podian resolverse los diputados á darse con sus propias manos un golpe tan fatal; distintas veces se habia puesto ya á discusion tal dictámen, pero siempre habia contestado la mayoría que una acusacion vaga, sin hechos que la apoyasen y sin pruebas, no podia despojar á nadie de su derecho de miembro del parlamento. «La primera acusacion contra Strafford, decia el ejército, fue asimismo vaga y puramente general; se darán mas adelante las pruebas, del mismo modo que se hizo entonces;» y continuaba adelantándose, de manera que el 26 de junio se hallaba ya su cuartel general en Uxbridge.

Envió allá la municipalidad sus comisionados, pero sin fruto. El terror crecia por momentos; se cerraban las tiendas, y todo eran quejas contra los once miembros cuya obstinacion comprometia tan altamente al parlamento y á la capital. Comprendiéronlo así aquellos, y ofrecieron retirarse. Se aceptó con reconocimiento su propuesta, y el mismo dia votaron los diputados que el ejército era inculpable, que se procuraria por su sueldo, y se nombrarian comisionados para arreglar los negocios del reino, poniéndose de acuerdo con los suyos. Entre tanto debia pedirse al rey que no pasase á Richmond como le habian ofrecido, y que en ningun caso permaneciese mas cerca de Lóndres que el cuartel general. Con estas condiciones retrocedió Fairfax algunas millas, y nombró diez comisionados para tratar con los del parlamento.

Cuando recibió el rey la noticia de estas resoluciones, se disponia á partir para Richmond, ó á probarlo cuando menos, pues se le guardaba con suma vigilancia. Incomodábase por ello: «Ya que mis cámaras, decia, me piden que pase á Richmond, si alguno ha de impedírmelo será á viva fuerza, y tal vez le cueste la vida.» Mas al saber que las mismas cámaras se oponian á su partida, y negociaban con el ejército como con un

vencedor, se sonrió desdeñosamente á esta humillacion de sus primeros enemigos, y procuró dar otro rumbo á sus intrigas. Salvo las medidas tomadas para su seguridad, no tenia de que quejarse del ejército, pues los oficiales se mostraban con él tan respetuosos y mucho mas condescendientes que los comisionados del parlamento. Se habian admitido á su lado dos de sus capellanes, Sheldon y Hammond, y se les dejaba celebrar segun los ritos de la iglesia episcopal.

Ya no se impedia sin distincion acercársele á sus antiguos domésticos y aun á los mismos realistas, pues obtuvieron este permiso el duque de Richmond, el conde de Southampton y el marques de Hertford, á los que trataban generosamente los jefes del ejército, y aun los mismos subalternos, muy al contrario de lo que acontecia en Newcastle y en Holmby. Despues de la rendicion de Oxford, los pequeños hijos del monarca, el duque de York, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, habitaban ora en Saint-James, ora en Sion-House, cerca de Lóndres, bajo la guardia del conde de Northumberland, á quien los habia confiado el parlamento. Carlos manifestó deseo de verlos y Fairfax apoyó su demanda en las cámaras: «¿Quién no sentirá, dijo, que se le dé á un padre una negativa por tan poca cosa?»

La entrevista tuvo lugar en Maidenhead, entre numeroso concurso, sin que los oficiales y soldados concibiesen la menor desconfianza, antes por el contrario permitieron al monarca que permaneciese dos dias con sus hijos en Caversham. Algunos por otra parte, como Ireton y Cromwell, no viendo todavía terminada gloriosamente su lucha con los presbiterianos, fijaban su vista en el porvenir, calculando que tal vez podria serles necesario una alianza con el rey.

Pronto se esparció por el reino la voz de tales disposiciones, de los miramientos que guardaban con su persona, y las negociaciones que se entablaban á su lado. Dábase detallada noticia de las condiciones que se le habian presentado, y circulaban folletos, alabando unos al partido, y clamando otros contra él; de manera que este se creyó obligado á desmentirlo todo oficialmente, pidiendo el castigo de los autores de tales calumnias. Mas no por esto cesaron las negociaciones con el rey; servíale con ahinco los oficiales, y entraban en relaciones amistosas con los realistas, como quien se ha combatido lealmente y desea la paz. El mismo rey escribia muy confiado á la reina, de suerte que ya no se hablaba de otra cosa entre los emigrados que la habian seguido á París ó permanecian refugiados en Normandía, en Ruan, en Caen ó en Dieppe. Dos individuos

sobre todo procuraban levantar la voz, dando á entender que sabian mas de lo que decian, y que ningun otro estaba en el caso de prestar en este punto mas importantes servicios al rey.

Uno de ellos, sir John Berkley, se habia defendido bizarramente en Exeter, y no habia rendido esta plaza sino tres semanas antes de la fuga del rey al campo de los escoceses; el otro, Ashburnham, solo en Newcastle se habia separado de Carlos por necesidad, para escapar al encono del parlamento: ambos intrigantes soltaban todo freno á su locuacidad estando engreidos, el primero de su valor, y el segundo del favor que gozaba cerca del rey. Hay que advertir que el uno de ellos por casualidad y el otro por órden de Carlos, habian tenido relaciones con algunos de los principales oficiales, y se creian ya con derecho de gloriarse y sacar partido de ello. La reina dió sin vacilar cabida á sus esperanzas, y asi fue que á principios de julio ambos, con algunos dias de intervalo, partieron con órden suya para ofrecerse al rey y al ejército en calidad de negociadores.

No bien hubo desembarcado Berkley cuando le salió al encuentro un caballero amigo suyo enviado por Cromwell, Lamberto y algunos otros, para asegurarle que no habian olvidado sus conversaciones despues de la toma de Exeter, que estaban prontos á aprovechar sus escelentes consejos y que por tanto apresurase su venida. A este mensaje, envanecido Berkley, juzgándose mas importante de lo que habia creido, se detuvo muy poco tiempo en Lóndres, y pasó al cuartel general, sito en Reading. No hacia aun tres horas que acababa de llegar, cuando Cromwell le habia enviado sus excusas por no poder visitarlo en el acto; pero á las diez de la noche lo vió entrar con Rainsborough y sir Hardress Waller.

Los tres protestaron sus buenas intenciones para el servicio del rey; Rainsborough secamente, pero Cromwell con efusion: «Acabo, dijo, de presenciar el mas tierno espectáculo, la entrevista del rey con sus hijos: nadie, nadie se habia engañado mas que yo al juzgar al rey; seguramente es el hombre mejor de los tres reinos, y á quien todos debemos infinitas obligaciones; es indudable que estaríamos arruinados del todo si hubiese aceptado en Newcastle las proposiciones de los escoceses. ¡Envíeme Dios sus bendiciones tan seguras como son sinceros mis deseos para con S. M.!» Al oírle por otra parte, nadie en Inglaterra estaba seguro en sus bienes ni en su vida si no entraba el rey en posesion de sus justos derechos.

Alucinado Berkley se presentó al dia siguiente al rey, y le dió cuenta de esta entrevista. Carlos le escuchó con frialdad y como hombre acos-

tumbrado á ver frustradas mayeres esperanzas, ó dispuesto á hacer comprar á mayor precio su satisfaccion. Retiróse confuso Berkley, pensando que tal vez estaria el monarca prevenido contra él, y que Ashburnham conseguiria con mas facilidad persuadirle. En el ínterin que este llegaba



CROMWELL.

siguió investigando en el ejército; le rodeaban los oficiales, amigos unos de Cromwell, y otros descontentos del mismo y que le instaban á que desconfiase de todo: «Porque, decian, es hombre con quien nadie puede contar, porque cada dia muda de conducta y de lenguaje; y únicamente desea ser jefe de los vencedores.»

Parecióle sin embargo mas franco el lenguaje de Ireton, que le comunicó las proposiciones que preparaba el consejo general de oficiales. Ningunas tan moderadas se habian presentado hasta entonces al rey; solo se le exigia que por diez años abandonase el mando de la milicia y el nombramiento para cargos superiores; que quedasen desterrados del reino siete de sus principales consejeros; que se retirase al clero presbiteriano todo poder civil ó coercitivo; que no fuese admitido en la cámara alta ningun par creado despues de la esplosion de la guerra, y que ningun realista pudiese ser elegido para el próximo parlamento: «Forzoso es, le dijo Ireton, que se note alguna diferencia entre los vencedores y vencidos.» Pero á estas condiciones menos rigorosas que las de las cámaras, no se añadia la obligacion de abolir la iglesia episcopal, ni la de arruinar con enormes multas á los realistas, ni la interdiccion legal, por decirlo así, del rey y de su partido en tanto que le pluguiese al parlamento. Bien es verdad que en cambio pedia el ejército nuevas reformas mas graves en su naturaleza; una distribucion mas igual de los derechos electorales y de los subsidios públicos, la novacion de los procedimientos civiles y la destruccion de una multitud de privilegios políticos, judiciales y comerciales, y finalmente la instalacion de las leyes y principios de igualdad en el orden social hasta entonces desconocidos.

No obstante aun en sentir de sus autores, no se dirigian tales peticiones contra el rey, ni contra su dignidad, ni contra su poder; y nadie creia que la prerogativa régia, estuviese interesada en mantener rancios privilegios, escandalosas ganancias de los juriseconsultos, y fraudes de los deudores. Así fue que Berkley juzgó muy suaves tales condiciones, de modo que á su parecer se habia recobrado á poco coste una corona casi perdida. Solicitó y obtuvo permiso de presentarlas secretamente al rey, antes que lo hiciese oficialmente el ejército; pero su sorpresa fue mayor si cabe que la vez primera que le vió: Carlos encontró muy duras las condiciones, y se incomodó: «Si quisiesen, dijo, tratar conmigo, me propondrían cosas que pudiese aceptar.» Berkley se atrevió á hacer algunas observaciones y aun insistió sobre los peligros de una negativa. «No, dijo el rey cortando bruscamente la conversacion: esos hombres no pueden nada sin mí; pronto vereis que toman á gran merced aceptar proposiciones mas equitativas.»

En vano andaba buscando Berkley un fundamento para tanta confianza, cuando supo que habia llegado al cuartel general la noticia de que reinaba la mas violenta conmocion en la capital; que numero-

sas bandas se reunian alrededor de Westminster, y que tal vez de un momento á otro se veria precisado el parlamento á votar la vuelta del rey, el llamamiento de los once miembros, y las resoluciones mas fatales al ejército y á su partido. Hacia quince dias, particularmente desde que se habia despedido para seis meses á los once miembros, desvaneciéndose de este modo las próximas esperanzas de sus partidarios, que anunciaban aquella esplosion unos síntomas amenazadores, tales como reuniones, peticiones y gritos tumultuosos; por fin estalló á impulsos de una medida que de una y otra parte se consideraba como decisiva. La junta presbiteriana, que hacia dos meses poseia el mando de la milicia de Lóndres, fue disuelta, y los independientes volvieron á tomar posesion de tan importante poder. La capital no pudo resignarse á ser de este modo mandada por sus enemigos; en pocas horas la fermentacion fue general; centenares de individuos firmaron un papel en que se decia que de todo debia echarse mano para que el rey volviese con honor y libertad á Lóndres; se espidieron copias de él para todo el reino; se redactó una peticion para lograr la aprobacion de las cámaras; de todas partes se unieron al pueblo los oficiales reformados y todo anunciaba un movimiento tan vasto como ardoroso.

El ejército se puso al momento en marcha hácia Lóndres; Fairfax escribió en su nombre cartas amenazadoras; en las cámaras el partido independiente, fuerte con este apoyo, hizo declarar traidor á cualquiera que suscribiese el dicho manifiesto de la capital. Pero esta amenaza llegaba tarde ya para comprimir el entusiasmo: á los dos dias se presentó un numeroso gentío á las puertas de Westminster, revelando algun plan audaz. Alarmados los diputados hicieron cerrar las puertas al abrirse la sesion, y prohibieron que ningun miembro saliese sin permiso. Llegó de parte de la municipalidad una peticion moderada y respetuosa, á fin de que se volviese á entregar el mando de la milicia á los que hace poco le tenian, é informando al propio tiempo y con miramiento á las cámaras de la impaciencia del pueblo. Al discutirse esta peticion se dió parte al presidente de que la muchedumbre queria presentar otra; salieron dos miembros para recibirla, y se leyó al instante: espresaba lo mismo que la anterior y no muy vulgarmente. Prolongábase el debate; se esperaba la respuesta, y anocheaba ya; en vez de cansarse se indignaba el gentío; invadió todas las avenidas; resonaba ya el tumulto en la sala, y se oia gritar: «Entremos! entremos!» la puerta era conmovida por violentos golpes.